





Inés Galiano

Crvena

Inés Galiano

Crvena

Cubierta de
Inés Galiano



Publicado por:
Hela Ediciones
www.helaediciones.com

Crvena

© 2024, Inés Galiano

© 2024, de esta edición: Hela Ediciones

Editores: Raúl Martínez Garrido & Elena López Guijarro

Ilustración de cubierta: Inés Galiano

Embellecedores: Raúl Martínez Garrido

Corrección: Cristina Guerrero Jerez (@eryaescribe)

Preimpresión: Elena López Guijarro

Impreso en España / *Printed in Spain*

Primera edición en septiembre de 2024

Código THEMA: FL

ISBN: 978-84-127523-5-9

Depósito legal: M-18954-2024



@HelaEdiciones



@hela_ediciones

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Crvena
es para aquellas personas que creen que es importante
no parar de buscar nuevos significados.

Bijela
es para aquellas personas que se sienten
personajes secundarios, para que vean que sin ellos
no habría historia.

Esta historia es para ti,
que te atreves a imaginar de otra forma.





Prólogo

Me gustaría comenzar esta historia contándoos algo grandioso, pero no voy a hacerlo.

Podría empezar describiendo el maravilloso mundo que me rodea, hablándoos de cada rama de árbol que he esquivado hasta llegar aquí, de cada copo de nieve que crujía bajo mis botas mientras avanzaba hacia la guarida del bzou, o de la vibración que sentía en mis dedos cuando tensaba la cuerda del arco de energía antes de perderlo. Podría contaros lo que me ha sucedido antes de llegar. O relataros los quince días anteriores.

Podría explicaros, incluso, la razón por la que existe vida humana en el planeta NR7-GST, acompañándola de datos históricos y científicos sobre la extinción de la Tierra y la huida hacia delante, o sobre la posterior pérdida de conexión con otros planetas conocidos, pero me aburriría demasiado.

Podría hablaros de mi ciudad, Trento, y de los tres millones de personas que viven hacinados en ella, de la

mezcla de culturas y de las estrategias que tenemos para calentarnos a menos cuarenta grados bajo cero, pero no he venido a hablar del tiempo.

También podría explicaros sobre mí, supongo, deciros mi nombre y la historia de mi vida, pero eso, de entre todo lo que podría hacer, es la última que me apetece.

Podría recitar maravillosas y grandilocuentes palabras para meteros de lleno en la magia de la historia y que posteriormente se escriban tratados sobre las cualidades de mi pluma que leería algún que otro erudito entre bostezo y bostezo, pero eso requeriría esfuerzo y no estoy para perder el tiempo. Si puedo afirmar tener una cualidad en esta vida es la de la practicidad, así que me centro en el presente porque el bzoou que me mira con los colmillos manchados de sangre a menos de un metro de mi cara no va a esperar mucho más.

A continuación hunde sus dientes en mi carne en la misma herida abierta que tengo en la pierna. Chillo de dolor aunque no quiera —porque soy práctica, pero no estoy hecha de piedra—, aprovecho para sacar un cuchillo de la bota y clavárselo a la criatura en el cuello. Sorprendida por haber sido alcanzada, la bestia retira sus colmillos de mi pierna y trata de morderme la mano con la que la ataco. Sin embargo, es tarde. Mi mano se mueve rápida, como si de ello dependiera mi supervivencia, y el animal cae muerto sobre mí unos segundos más tarde.

Me doy unos minutos para recobrar el aliento, pero entonces me doy cuenta de que es imposible con la criatu-

ra aplastándome el pecho. Con esfuerzo y dejando escapar otro grito, lo aparto con los brazos. Ahora sí. Me doy un momento para respirar y ojalá poder decir que miro las estrellas de este universo que nos observa, impertérrito, sin importarle lo que hagamos, aunque la verdad es que solo veo la oscuridad de las rocas sobre mi cabeza. La guarida de este bzou es una cueva negra, húmeda y maloliente.

A mi alrededor hay más cadáveres de los que podría aguantar un ciudadano normal, no obstante si este fuera un trabajo agradable no pagarían tanto. Pensando en las monedas, me esfuerzo por sentarme y evalúo el estado de mi muslo. No tiene tan mala pinta como para no poder arrastrarme de vuelta hasta el médico más cercano. Me preocupa más que el veneno se extienda antes de que llegue la cura.

Mordiéndome el labio, me hago un torniquete con el pañuelo rojo que llevo en la cabeza. Tal vez solo es un nudo mal hecho, porque si supiera medicina no estaría buscando recompensas, pero creo que aguantará. El trapo se vuelve más oscuro al empaparse de la mezcla de sangre que hay sobre mí. Pienso en mi abuela, y en la regañina que me va a caer cuando lo lleve a casa, porque ya se ha acostumbrado a que venga herida de vez en cuando, aun así lo de las manchas en la ropa sigue llevándolo mal. Dice que cuesta lavarlas. En Trento tenemos armas de energía, pero no hay un quitamanchas infalible.

Salgo de la cueva gateando y ahora sí, miro al cielo. Me gustaría poder decir que es noche de luna llena porque he

leído en las antiguas novelas de la Tierra que es romántico, no obstante en NR7-GST tenemos tres lunas que nunca se ponen de acuerdo. A nosotros no es que nos afecte mucho, porque tampoco hemos sido nunca una población interesada en sacar la belleza donde no la hay, pero a los bzous sí que les afecta. El resultado de tener tres lunas es que no tenemos descanso de los ataques de estas bestias. Siempre hay una de las tres con el brillo lo suficientemente alto o lo suficientemente redonda para que alguno se transforme en su versión más violenta. Entonces se acercan a la ciudad, merodeando, buscando algo que comer. Ahí es cuando me llaman a mí.

«Tres mil monedas por cabeza de bzou», pienso mientras me arrastro por el suelo. Está helado y lleno de hielo, como siempre. «Dos mil por una oreja». Tendrá que bastar porque en este momento no estoy capacitada para cargar con nada más que mi propio cuerpo. La sangre se me resbala y comienza a salir por los extremos del pañuelo. «Dos mil monedas si consigo llegar de vuelta a Trento». Me agarro con las manos de una rama de árbol, que cruje bajo mi peso. «Dos mil que vale una cesta llena de comida en el mercado». Gruño como lo hizo la criatura en sus últimos segundos.

A este punto creo que es necesario que entendáis que esta visión tan patética de mí misma no es común y que hasta a mí me pilla por sorpresa. Soy una buena cazadora, y no lo digo porque me suelen encargar los trabajos más difíciles, sino porque no suelo acercarme tanto a las

bestias. Solo un loco las miraría cara a cara y trataría de clavarles un puñal como he tenido que hacerlo en esta ocasión. ¿Acaso estamos en la Tierra en el siglo XII? No, estamos en NR7 donde poseo un arco de energía de alta precisión, y que me costó una fortuna en el mercado gris. Última tecnología. O por lo menos la última que yo me puedo permitir, que para ser sinceros tampoco es mucho.

Suelto un taco al darme cuenta de que al final os estoy hablando de mí misma, o casi peor, de mi cuenta bancaria. Sí, vale, sí, esta es la historia de otro personaje sin un duro. Pero si fuera rica no tendría sentido que arriesgara mi vida en los bosques que rodean Trento por una triste recompensa. Además, tampoco creo que os interesara la historia de una Crvena acomodada que vive aventuras sin moverse del sillón. ¿Cuáles serían sus conflictos? ¿Decidir a qué cazadora asignarle la caza del bzou que acecha bajo su balaustrada? Creedme, estáis mejor acompañados conmigo, en el corazón del bosque y bajo la sombra de mi capucha ultratérmica bermellona.

Bueno, vale, sé que ahora mismo, desangrándome y arrastrándome por el bosque, no tengo mucha credibilidad, pero os prometo que de un momento a otro me pondré en pie y la historia cobrará sentido. No me quedará más remedio, después de verlo.

Después de darme cuenta de algo que hace tiempo que negaba.

Pero para eso queda mucho todavía.





1

Supongo que en algún sitio tiene que empezar esta historia, y si no es en el bosque tendrá que ser en los eventos que me llevaron hasta allí. Un eslabón siempre está cogido a otro en la cadena. ¿Existe un origen realmente?

Un niño destroza una casa de muñecas en una rabieta. Nadie se preocupa ni le explica que hay otras maneras. En el futuro, cuando tenga la barba necesaria, será la persona que pulse el botón de la bomba que aniquilará el planeta Tierra. Porque es lo único que conoce: sabe que si la casa no le gusta, hay que acabar con ella.

La casa de muñecas es del mismo fabricante que décadas después diseñará las naves espaciales en las que marchamos a colonizar el universo. Hay quien dice que fue la salvación de la humanidad, pero olvidan que la gran mayoría quedó atrás. También es la misma marca de las radios de alta frecuencia que dejaron de funcionar duran-

te la Crisis de las Ondas, el período en el que perdimos contacto con el astro original.

Una astronauta que había sido compañera de clase del niño destroza-casas aterriza mucho tiempo después en el planeta NR-7 y planta una bandera. La humanidad ya ha llegado a la galaxia sur del Taluceno, nombre que aparece en la letra de la canción más escuchada del momento.

Se forma la séptima colonia después de la sexta, la quinta, la cuarta, la tercera, la segunda y la primera. Algunas tienen reyes y reinas, otras vizcondes o presidentes, pero suele haber alguien que manda y otros tantos que callan. Las cosas son nuevas pero no son tan nuevas.

En la colonia NR-7 de la galaxia Sur no hay reyes, pero sí hay bestias de pelaje gris que atacan nuestras ciudades cada noche. También hay una Asamblea a la que pertenecen las personas mayores que se quejan de las manchas de sangre, como mi abuela. También se quejan de otras cosas que hacemos los que hemos vivido menos porque no hacemos caso y porque lo importante es quejarse. En Trento hay más Cazadores como yo, porque hay más bestias en el planeta que habitantes en la colonia. Tampoco puedo decir que siempre fui Cazadora aunque siempre lo fui.

El origen, cierto. ¿Cuándo empecé? Podría decir que cuando las cestas de comida escasearon o cuando mis padres comenzaron a consumir la droga que inunda esta ciudad, el tzal, y a saltarse las comidas porque esas serían las opciones lógicas.

Pero no todo es lógico. Como tampoco lo es que aquel niño destrozara la casa de muñecas que era la Tierra y que una élite de humanos criminales acabase convirtiéndose en nuestros antepasados en un planeta que no es nuestro. Un planeta que antes de llamarse NR-7GST no tenía etiqueta y era de los bzous. Un lugar más que pasó a aumentar la lista de astros colonizados de este universo.

Tengo todo eso en mente cuando, aquel día, teniendo delante al más estúpido miembro de la Asamblea de la ciudad escupiéndome saliva en la cara, decido interrumpirle mientras argumenta la superioridad de nuestra especie en la taberna en la que nos encontramos.

Lo interrumpo con un «que te floten», que ya ni siquiera está de moda, pero a mí me recuerda al origen. Vuelvo a repetirlo mientras lo veo ponerse de pie y ajustarse la chaqueta con los mofletes enrojecidos. Lo digo una tercera vez mientras sus ojos proyectan toda su furia contra todos mis antepasados, desde mi abuela hasta el niño destroza-casas que también es su antepasado. Le digo que le creo, que yo también lo comparto, que estoy de acuerdo en que no hubo ni una sola persona en nuestros linajes que mereciera menos insultos, aunque sigue sin convencerme. «Que le floten a él y a todos los demás».

Puede que tenga razón, puede que haya toda una conspiración entre los bzous para acabar con todas nuestras ciudades, pero le repito una vez más, tras la misión que ha tratado de encomendarme, que yo solo cazo a los que atacan nuestra ciudad.

Veo pasar las monedas delante de mis ojos. Se amontonan y brillan en mis pupilas como solo lo han hecho en las noches de cacería. Bailan sobre la mesa como si fuera una competición. Me percato de que hay unos cuantos individuos a nuestro alrededor interesados en su origen. El de las monedas y el de la ira de las mejillas del miembro de la Asamblea. En la etiqueta que lleva en la solapa de la chaqueta pone su número de silla y también su nombre: Alan. 823. El asambleario 823 va después del 822 y de los 821 asamblearios anteriores que han formado parte del órgano ejecutivo y poco reflexivo desde que este planeta ya no es de los bzous.

Me levanto. Las gotas de sudor se escurren por las mejillas coloradas de Alan. No le sostengo la mirada porque delataría que estoy dudando, porque esto es una colonia, pero yo tampoco soy de piedra. Una vez más, repito, yo solo cazo a los que se adentran en la ciudad. No sé si lo he dicho en voz alta. Una multitud de Cazadores menos aptos y con menos respeto por el origen se abalanzan hacia la mesa de Alan.

El origen no lo es todo. Sin embargo a veces sí que lo es. Y es aquí, en este punto, después de rechazar la primera llamada al mundo de los bzous en el que clavo mi bandera en esta historia. Entonces me pregunto si habrá una canción que lleve mi nombre y quién será el villano que rompa mi casa de muñecas.

Salgo del antro al que volveré más pronto que tarde. Fuera está lloviendo y cuando llueve el mundo bajo la

capucha térmica es un infierno, pero también es la única manera de conservar la piel sobre los huesos. En las películas de la Tierra hay gente que besa bajo la lluvia y que saca la lengua para bebérsela y me pregunto por qué harían ninguna de las dos cosas. Aquí la gente besa y bebe bajo techo porque este es un planeta helado, hecho para criaturas con pelo y resistencia al frío que no mueren por llevar la ropa mojada o por la corrosión de las ácidas gotas.

Las noto golpear sobre mi capucha en un lento, pero insistente esfuerzo por expulsarnos de Trento. Sorteó los charcos de agua que empiezan a formarse y a derretir el hielo de las calzadas. No tardará mucho en deshacerse todo y durante los minutos que dure la tormenta podremos fingir que la temperatura de las calles es habitable. Corro sobre el puente de peatones y sobre las naves que demuestran el avance de la civilización de NR-7, y finalmente llego hasta la puerta de nuestra morada, con las manos y el estómago tan vacíos como cuando salí.

—¿No había nada para ti? —me pregunta la abuela al oírme entrar, como si quisiera sacarme los pensamientos con una aguja de coser.

—No había nada en la ciudad —respondo, más un ladrido que otra cosa.

Oigo el chasquido de la lengua de la abuela, y lo ignoro, al igual que también ignoro el sonido de la cuchara metálica escarbando al fondo de la olla, un chirrido que grita que en ella no entra ninguna verdura desde hace demasiado tiempo. Sin embargo, el olor de la sopa me entra

por la nariz y me cambia el humor, porque el mundo se puede estar acabando —otra vez—, pero mientras tenga un plato de sopa delante de mí nada importará. Me siento a la mesa con mi abuela. Lleva un moño alto y tirante en el que recoge su melena parda cubierta de canas, y un vestido largo que cubre cada centímetro de piel. No la recuerdo con ningún otro aspecto.

Le sonrío. No me devuelve la sonrisa porque dice que a ella no le hace falta mover los músculos de la cara para comunicarse. Tiene razón.

—¿Quién era? ¿Joshua? —inquiere mientras introduce los dedos que sujetan el minúsculo trozo de pan en el caldo.

—No, Alan. —Trago.

—No tienen ni idea ninguno de esos dos.

Estoy de acuerdo con ella. Como también sé que ella no va a estar de acuerdo conmigo cuando le cuente lo que le he dicho a Alan, ni ahora ni cuando llegue la multa a casa por increpar a un oficial. Por suerte, ella también forma parte de la Asamblea, en la silla 745, y creo que podrá resolverlo.

—He intentado que pongan un puesto con Centinelas en la torre de la Asamblea —comenta, como si nada.

Suelto la cuchara de golpe.

—¿Un puesto de centinelas?

—Sí —dice secamente, esperando la tormenta.

—¿Para qué?

—Para las bestias, para qué va a ser.

—¿Centinelas oficiales para cazar bzous? ¿Y los cazadores!?

No se inmuta. Cuando ve que no vuelvo a retomar la cuchara, añade:

—Tampoco es que me hayan escuchado, así que da igual.

—Pero, abuela, si ellos cazan a las bestias, ¿qué voy a hacer yo?

Mastica el pan mirándome fijamente. Al cabo de un rato, por fin, contesta:

—Traer la ropa limpia a casa.

